

Leer es mi cuento

El rey de los topos y su hija

Alejandro Dumas

Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

Gina Parody d'Echeona

Ministra de Educación

Texto - Alejandro Dumas

Traductor – Pedro Lama

Editor Iván Hernández

Coordinadora editorial

Laura Pérez

Ilustradora

Paula Bossio

Comité editorial

Consuelo Gaitán, Iván Hernández,

Moisés Melo y José Zuleta

Primera edición, 2015

ISBN: 978-958-8827-45-2

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:

literaturaylibro@mincultura.gov.co

Impreso en abril de 2015

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia

Contenido

El rey de los topos y su hija	1
I	4
II	19

I

En las afueras de un pueblito de Hungría, tan pequeño que su nombre ni siquiera aparece en el mapa, había una casita en la que vivía una pobre viuda con su hijo.

La viuda se llamaba Madeleine, y su hijo Joseph.

Un pequeño huerto, tras el cual había un campo, era toda su riqueza.

Trabajaban en él con tenacidad, y vendiendo frutas y cosechando trigo se ganaban la vida, aunque pobremente, es cierto. Pero ninguno de los dos tenía otra ambición que disfrutar aquello que les fue concedido por la parsimoniosa bondad del Señor.

Joseph siempre había sido un buen hijo, un muchacho piadoso. Amaba a su madre, la cuidaba en su vejez y nunca la había hecho sufrir, al menos no de manera deliberada.

Así llegó a la edad de veinte años.

Era un joven apuesto de 1,62 metros, bien distribuidos a lo largo de su mediana estatura, con un hermoso pelo rubio y rizado, tal y como aquel con el que los iluminadores del siglo XVI dotaban a los ángeles en los misales. Tenía los ojos muy rasgados, tan azules como el cielo, los

dientes blancos y una tez que, a través de su bronceado, reflejaba la frescura y la salud de la juventud.

Joseph siempre había sido festivo y alegre. El domingo, después de vísperas, era el primero en salir corriendo tras los violinistas, y una vez daban la señal para que el baile empezara, no abandonaba el lugar hasta que el último músico pasaba el arco sobre las cuerdas de su violín.

El resto de la semana era totalmente diferente. El pueblo no conocía un hombre más trabajador que él: labraba el campo, araba el huerto, injertaba árboles y podaba los rosales; pues, gracias a la manera en que organizaba sus cosas, tenía tiempo para todo, y en medio de los perales, manzanos y melocotoneros, había también lugar para las flores.

A menudo su madre quería ayudarle, aunque solo fuese quitando la maleza de los caminos o los parterres. Pero él, riendo, le quitaba el azadón de las manos y le decía:

–Madre, cuando usted se tomó la molestia de tener un hijo tan grande y robusto como yo, hizo la promesa a Dios de que una vez ese niño tuviera veinte años, usted podría descansar. Ya tengo veinte años, así que descanse. Y si no quiere dejarme solo, pues mucho mejor. Siéntese allí, que el solo hecho de verla me dará ánimos.

Madeleine se sentaba y se quedaba mirando con amor a su Joseph, quien reanudaba su trabajo cantando una hermosa canción en honor de Hungría y de la reina María Teresa; pues Joseph no solo era un buen hijo para su madre, sino también para la patria.

Pero de repente llegó un día en que Joseph, en lugar de salir cada mañana cantando, trabajar cantando, volver cantando y comer cantando su pedazo de pan negro y seco al regresar, dejó de cantar, y luego también de trabajar y de comer.

Permanecía mucho tiempo en el jardín, y únicamente en el jardín. Era casi imposible hacerle entrar en la casa.

Era sobre todo en las noches cuando se quedaba sentado, inmóvil, soñando bajo una pequeña enramada adosada a una pared, que había trenzado con vides para que su madre pudiera estar a la sombra mientras él trabajaba; y era también allí donde ella leía oraciones en su devocionario, el único libro que había leído, mientras lo miraba trabajar.

Madeleine estaba muy preocupada. Veía a su pobre hijo cambiar ante sus ojos, a pesar de que no tenía ninguna enfermedad del cuerpo; pero no por ello su preocupación era menor, pues comprendía que su enfermedad era del corazón.

En ocasiones, luego con cierta frecuencia y por último casi siempre, ella lo seguía al huerto. Allí se escondía detrás de algún hermoso árbol frutal cubierto de hojas y cargado de fruta, y veía a su pobre Joseph soñar con los ojos fijos en el suelo, como si esperase que algo saliera de él.

En una ocasión ella, sin poder contenerse, salió, se le acercó y con lágrimas en los ojos, le preguntó:

– ¡Mi querido Joseph, por Dios, si estás enfermo, díselo a tu madre!

Pero él negó con la cabeza, intentó sonreír y respondió:

– No, madre, estoy bien de salud.

Pero dejó escapar un suspiro antes de cerrar la boca.

Este suspiro le dio valor a Madeleine para seguir indagando.

– Pero si no estás enfermo, hijo mío –le dijo–, entonces debe faltarte algo. Antes no eras así. Háblame, querido Joseph, y haré cualquier cosa con tal que vuelvas a ser el joven jovial y alegre que solías ser.

– ¡Imposible, madre mía! Mi alegría se ha ido para siempre, y su amor, por grande que sea, no puede darme lo que quiero.

Entonces Madeleine se echó a llorar amargamente, pues quería a Joseph sin medida, y con gusto habría dado su vida para que él pudiera tener aquello que le parecía inalcanzable. A la postre tanto le rogó ella que le

dijera lo que había en su corazón, tanto le suplicó llorando, tan inconsolable estaba, que él, conmovido y llenándola de besos, dejó escapar estas palabras, que salieron de su corazón con tanto dolor, que parecía que se lo hubieran hecho estallar.

–¡Madre, estoy enamorado!

Madeleine se secó las lágrimas al oír estas palabras. Veía a su Joseph con ojos de madre, y pensaba que en todo el pueblo no habría una sola mujer que no estuviera dichosa de casarse con él.

–Bueno –dijo ella–, si es solo eso, mi querido hijo, no deberías estar triste.

Solo dime quién es la joven tan afortunada de la que estás enamorado. Si es Bertha, la hija del magistrado, o Marguerite, la hija del alguacil, iré a pedirla a sus padres.

– ¡Ay! –contestó Joseph–. No es ni la hija del magistrado ni la hija del alguacil. Si se tratase de Marguerite o de Bertha, no estaría afligido.

– ¡Infeliz! –exclamó la pobre madre–. Entonces, ¿has puesto tus ojos todavía más alto?

– ¡Desgraciadamente sí! –respondió Joseph.

– ¿La hija de un noble, pobre hijo mío?

– ¡Ojalá fuera solo eso!

– ¿Te enamoraste de una baronesa?

–Más alto, madre mía.

– ¿De una condesa?

–Más alto.

– ¿De una marquesa?

–Más alto.

– ¿De una duquesa?

–Más alto, más alto.

– ¿De una princesa?

– ¡Madre mía! –exclamó el pobre Joseph, arrojándose entre sollozos en los brazos de Madeleine–. Estoy enamorado de la hija del rey de los topos.

Madeleine lanzó un grito.

Luego, cuando logró tranquilizarse, dijo:

– ¡Ay, mi pobre hijo está loco!

–No, madre, por desgracia no lo estoy –dijo Joseph–. Si lo estuviera, sería feliz.

–Hijo –dijo Madeleine–, si quieres, iremos a la ciudad para que te examine un médico.

– ¡Ay, madre! No necesito un médico. Le digo que no estoy loco, y para demostrárselo, le voy a contar lo que me pasó.

La madre negó con la cabeza, pues la afirmación de su hijo no la tranquilizó en lo más mínimo. Sabía que los peores locos son aquellos que no quieren reconocer su locura.

Joseph percibió lo que estaba ocurriendo en su corazón y cuánto temor había en la pobre mujer. Se compadeció de ella.

–Escúcheme, madre –dijo–, y lo sabrá todo. Hizo que su madre se sentara a su lado, tomó sus dos manos entre las suyas y comenzó:

–Hace ya dos meses –prosiguió–, fui una mañana a podar mis árboles en el jardín; y de pronto me di cuenta de que en el suelo había innumerables toperas. Usted sabe, madre, cuánto odiaba a esos animales que son la desesperación de los jardineros. Así pues, ese mismo día empecé a ponerles trampas. Pero estas no sirvieron de nada durante los primeros cinco o seis días. Finalmente, una mañana vi un topo hembra en su topera.

– ¡Ah! –exclamé, tomando mi pala–. Vas a pagar por todos los demás.

- Enseguida levanté la pala con la intención de partirla en dos.
- Pero, imagine mi sorpresa, madre, cuando oí al topo decir: “¡No me mates, Joseph!

Fue por ignorancia que lo hice. Soy muy joven, y no sabía que te hacía daño al salir a la superficie a respirar aire. Si me perdonas la vida, te prometo que en el futuro ningún otro topo destrozará tu huerto ni ninguna otra tierra que te pertenezca”. El animal habló con voz tan dulce y suplicante, que mi corazón se conmovió profundamente y lo solté, diciendo: “¡Vive!”. “Te lo agradezco –me respondió–, y si quieres verme, ven mañana por la noche, en cuanto salga la luna, y te contaré algo de manera confidencial”.

- Tras decir esto, el topo se hundió en la tierra.
- Tenía muchas ganas de pedirle que se quedara, para charlar más tiempo con él.

Pero una especie de terror se adueñó de mí. Nunca había oído decir que los topos hablaran. Y este se fue antes de que yo pudiera sobreponerme al terror.

- En un principio quise contarle lo sucedido; pero el primer día, cuando recuperé la razón, decidí esperar hasta el día siguiente para tener algo más certero qué decirle.

El topo había prometido contarme algo: eran veinticuatro horas más o menos, nada más.

- Al día siguiente, a la hora acordada, fui al jardín y una vez allí clavé los ojos en el punto del horizonte en el que debía aparecer la luna llena; otras veces, en el sitio por el que el topo había desaparecido en la tierra.
- La luna salió en el cielo, pero el topo no. » Pensé que el animal se había burlado de mí, y me disponía a volver a la casa, mucho más triste de lo que jamás habría imaginado estar por una cita fallida con un topo, cuando, al echar un vistazo a mi alrededor, vi salir del centro de un rosal a una joven tan hermosa como la estatua de la noche. Llevaba su largo pelo de color negro suelto, apretado en las sienes con una corona de hojas de oro. Tenía los ojos negros y suaves como el terciopelo, las pestañas largas, y hermosas cejas negras que dibujaban arcos perfectos. El resto de su vestuario lo constituía un vestido largo o, mejor, una túnica ajustada al talle por un cinturón de oro y con grandes mangas abiertas que dejaban ver sus brazos blancos y redondos.

- La luna, que se mostraba en todo su esplendor, iluminaba su rostro con su luz suave y acariciadora, y me permitía ver cuán bella era aquella mujer.
 - ¿Quién es usted? –le pregunté–, ¿y cómo entró en el huerto?
- Acabo de salir de la tierra –me respondió ella, sonriendo.
 - ¡Que acaba de salir de la tierra! ¿Cómo es eso?
- –Sí, soy el topo al que ayer le perdonaste la vida, y vengo a darte las gracias por tu generosidad.
- Me quedé atónito, y al contemplarla pensé que estaba soñando.
- –Ayer te dije que tenía algo que contarte –prosiguió ella–. Es lo siguiente:
- Fui todo oídos para escuchar a la hermosa joven.
- –Soy la hija única y la heredera universal del rey de los topos –dijo ella, que es en realidad un ser humano; pero un malvado mago nos transformó en topos y nos encerró en la tierra, donde ahora vivimos como topos ordinarios. Sin embargo, a mí se me permite recobrar mi forma natural cada vez que hay luna llena, desde su salida hasta su puesta. Pero a mi padre no se le concedió la misma gracia, y solo podrá retomar su forma original el día en que se le devuelva para siempre; pues somos genios y, por lo tanto, inmortales.

- Yo sentía que mi corazón volaba al encuentro de la hermosa joven y que mi alma estaba suspendida de sus labios mientras hablaba.
- ¡Oh! –exclamé–. Si de verdad siente algún agradecimiento por haberle perdonado la vida, concédame las pocas horas que, durante todas las lunas llenas, se le permite pasar en este mundo bajo su forma natural.
- –No desees tal cosa –dijo ella–, pues en lugar de un favor, podría ser una desgracia para ti. Es muy peligroso que los hombres se relacionen con nosotros, pobres criaturas metamorfoseadas. Créeme, es por tu propio bien que me niego a regresar. ¡Adiós! No vuelvas a pensar en mí.
- Acto seguido, volvió a su topinera, que estaba en el centro del rosal, y se adentró lentamente en la tierra.
- Extendí los brazos. Pero no encontré más que aire. La visión se había desvanecido. Desde aquel día, o más bien desde aquella noche, no he vuelto a verla, madre mía.
- Es por eso que nunca salgo del huerto, es por eso que paso las noches fuera, porque sigo esperando verla de nuevo. Es por eso, por no volver a verla, que estoy triste. Era tan maravillosamente hermosa, que en aquel único encuentro me enamoré locamente de ella.

- Ahora puede usted entender por qué guardé silencio de manera tan obstinada después de esta confesión. Temía que su alma cristiana, madre, considerara como un crimen este extraño amor.

– ¡Ay, Joseph, Joseph! ¿Qué acabo de oír? En efecto –exclamó Madeleine–, es un acto impío amar a un topo, así sea la hija del rey de los topos; pues, finalmente, no puedes desear a una mujer que es topo durante cuatro semanas y mujer una sola noche. ¿Quién sabe si, en vez de ser lo que te ha dicho, no será una diabla enviada por Satanás para tentarte?

– ¡Ay, Madre! – respondió Joseph–. Ojalá así lo quisiese Dios, pues si fuera así, ella ya habría vuelto.

–A lo mejor te habrás dormido y no ha sido más que un sueño.

– ¡Ay, madre! He visto muchas mujeres en mis sueños y ninguna otra se ha mantenido jamás tan viva en mi mente. No, no, es la hija del rey de los topos la que he visto. ¡Es una realidad que amo!

–Bueno, entonces trata de olvidarla, hijo querido –dijo Madeleine–. En cualquier caso, se trata de un hechizo, y conviene que te lo saques de la cabeza. Ora y trabaja, y si quieres elegir una mujer, hazlo entre las muchachas del pueblo. Eres un joven apuesto, Joseph, y aunque no

seamos ricos, tenemos buena reputación, y podrás encontrar una mujer buena y hermosa. Sé piadoso, sensato y trabajador, y todo estará bien.

Pero Joseph negó con la cabeza y sonrió con tristeza. Sabía que el consejo que le daba su madre era bueno y el único que debía seguir; pero le faltaba la fuerza, o más bien el poder para olvidar a la bella mujer del cinturón de oro y la corona de hojas doradas.

Llegó la segunda luna llena después del día en que Joseph viera a la hija del rey de los topes. A medida que se acercaba el momento en que Joseph esperaba volver a ver a la mujer que amaba, se iba convirtiendo en un hombre más alegre y un mejor trabajador.

Sin embargo, su madre, prevenida ya, no le quitaba los ojos de encima.

La noche tan esperada finalmente llegó.

Madeleine hizo todo lo que pudo por obligar a su hijo a entrar en la casa, pero este declaró que no abandonaría el huerto por nada del mundo.

–Entonces –dijo la madre–, me quedaré contigo.

–Quédese, madre –dijo Joseph–, pero manténgase alejada, porque si viene y usted la ve, estoy seguro de que favorecerá mi amor en lugar de luchar contra él.

Llegada la noche, Madeleine se sentó bajo la enramada y Joseph permaneció a diez pasos de distancia, apoyado contra el tronco de un árbol.

Madeleine lloraba y oraba sin perder de vista a Joseph. Este oraba y esperaba con los ojos clavados en el suelo.

De repente, la luna llena empezó a salir, elevándose sobre la montaña.

Enseguida, a cuatro pasos de Joseph, se formó una topera, que fue creciendo hasta tener el tamaño de una colina de 2,50 a 3 metros de alto.

Entonces se abrió por la mitad, y en vez de una hermosa joven, se vio salir de la tierra un topo enorme, del tamaño de un buey, que se acercó a Joseph.

Madeleine dio un grito y corrió para hacer retroceder a su hijo, pero este no se movió. Era como si hubiera echado raíces en aquel lugar.

–Madre, madre –dijo–, es el rey de los topos. ¿No lo reconoce usted por la corona que lleva en la cabeza?

En efecto, el monstruoso animal tenía en la cabeza una corona de oro que brillaba a la luz de la luna.

En aquel momento, el topo estaba muy cerca de la madre y del hijo. Se irguió, se sentó con gravedad sobre su trasero, y extendiendo hacia Joseph una pata colosal, que parecía una mano humana provista de garras, el rey de los topos dijo con voz apagada y aterradora:

–Te doy a mi hija. Serás mi yerno. ¡Ven! Tu novia te espera.

Y quiso llevarse a Joseph, poniéndole una pata en el hombro.

Pero la madre rodeó a su hijo con los brazos, y exclamó con un tono dulce y suplicante a la vez:

– ¡Oh, Joseph, Joseph! ¡Piensa en tu madre! ¡Piensa en Dios! ¡No sigas a ese monstruo! Y, en efecto, Joseph, asustado también por el aspecto de aquel monstruo, cogió la mano de su madre y quiso huir con ella.

Pero en el momento en que se daba vuelta, de la misma topera salió una mujer maravillosamente hermosa. Como la primera vez, llevaba el pelo ondeante, y con una voz de dulzura inefable, pronunció esta única palabra:

– ¡Joseph!

Fascinado, Joseph se detuvo. No había manera de resistirse a aquella voz y aquella mirada, que parecían unidas para vencer toda voluntad humana. Así pues, en lugar de huir, permaneció inmóvil.

Pero esto no era suficiente. La hija del rey de los topos no solo quería que Joseph no huyese, sino también que la siguiera.

Y con una voz aún más dulce que la primera vez, le dijo:

– ¡Ven!

Al oír esta palabra, como arrastrado por una fuerza irresistible, se alejó de los brazos de su madre y se precipitó en los de la joven.

En aquel momento, ambos desaparecieron.

El rey de los topos, a su vez, se adentró lentamente en la topinera, evitando que la desdichada madre siguiera a su hijo.

Por lo demás, la lucha no fue larga. Una vez que Joseph desapareció bajo la tierra, Madeleine se desmayó sobre la hierba.

II

Cuando la pobre mujer volvió en sí, empezaba ya a despuntar el alba y la gente del pueblo a levantarse.

Madeleine se echó a llorar tan fuerte que a pesar de que la casa estuviese retirada del pueblo, a unos cien pasos de las demás, los

aldeanos que se encontraban más cerca acudieron para preguntarle qué tenía.

Entonces ella les contó lo que había pasado ante sus ojos, y ellos sintieron gran temor.

Al principio se negaron a creerle. Sin embargo, la historia tenía tal carácter de verdad, y sobre todo sus lágrimas eran tan sinceras, tan maternales, que la convicción se instaló en sus corazones; y al ver a la pobre madre raspar el suelo con sus manos en el sitio donde su hijo había desaparecido, como si quisiera desenterrarlo, fueron a buscar picos y palas y empezaron a cavar la tierra.

Pero cavaban al azar, pues de la inmensa topera no quedaba el menor rastro.

En vano trataron de consolarla, pues ella rehusaba todo consuelo.

–¡Ay, Dios mío, Dios mío! –exclamaba–. Si mi hijo estuviera muerto, si en tu bondad, Señor, te lo hubieras llevado; era tan bueno, que yo estaría segura de que se encontraría cerca de ti en el cielo. Pero ahora vive bajo la tierra con esos monstruos ciegos. Olvida a Dios y a su madre, y quizás se haya transformado en topo.

Y su dolor era tan violento, y en vez de calmarse se exaltó tanto, que los vecinos le dijeron:

–Cálmese, seguiremos cavando la tierra hasta encontrarlo.

Y en efecto, cavaron tan profundo, que brotó agua, y esto les impidió seguir. Pero no encontraron nada, ni a Joseph, ni al rey de los topos, ni a su hija.

Así pasó un año: la pobre viuda no dejaba de llorar a su amado hijo. El huerto y el campo volvieron a quedar desiertos y yermos. Madeleine habría muerto de hambre si la buena gente de la aldea no le hubiera llevado lo necesario.

Una tarde estaba sentada en su jardín, tan absorta en su dolor silencioso que la noche la sorprendió sin que se diera cuenta.

Justamente aquella era una noche de luna llena.

El astro de pálido rostro acababa de salir y brillaba con magnificencia en el cielo.

De repente se formó una topinera a unos pasos de Madeleine y apareció la bella princesa de los topos.

Al verla, Madeleine empezó a gritar:

– ¡Ah! ¡Eres tú, infeliz! ¿Me has traído a mi hijo?

–Lo volverás a ver –dijo la princesa con voz dulce–, pero para ello es necesario que vengas con nosotros a nuestro imperio.

– ¿Seguro que volveré a verlo si te sigo? –preguntó la viuda.

– ¡Por supuesto! ¡Sígueme!

–¡Oh! ¡Ahora mismo! –exclamó Madeleine.

–Entonces, vamos –dijo la princesa.

Madeleine subió con la princesa a la topera, y enseguida las dos mujeres fueron devoradas por las entrañas de la tierra.

En un lapso de un minuto la pobre mujer perdió toda noción de existencia. Cuando volvió en sí, se encontró en un palacio construido con terrones superpuestos, entre los que pululaban topos de todos los tamaños.

La viuda se estremeció como las hojas de un álamo temblón, pero el recuerdo de su hijo le devolvió el valor.

– ¡Joseph! –gritó–. ¿Dónde estás, mi buen Joseph? Quiero verte.

Entonces se presentó el rey y tocó una cortina que enseguida se descorrió.

Y Joseph se lanzó en brazos de su madre.

Se oyó solo un grito escapar de aquellos dos corazones.

– ¡Hijo mío!

– ¡Madre mía!

Y como si les faltara la fuerza, ni uno ni otro pudieron decir más.

Madeleine fue la primera en recuperar la voz.

–¡Por fin! –exclamó ella–. ¡Aquí estás! Nada volverá a separarnos, y regresarás conmigo allá arriba, a la superficie de la tierra.

Pero Joseph negó tristemente con la cabeza.

– ¿No? –exclamó Madeleine horrorizada–. ¿Me has dicho que no?

–Madre –respondió Joseph con tristeza–, no puedo seguirla, aunque quisiera hacerlo.

– ¿Cómo que no puedes? –exclamó la madre–. ¿Quién te lo impide?
¿Acaso el rey?

Yo le suplicaré hasta que acepte que regreses conmigo.

Y de inmediato se arrodilló a los pies del rey de los topos y le suplicó con las manos juntas.

– ¡Señor rey! –exclamó–. ¡Devuélvame a mi hijo! Usted es padre, y sabe cuánto tendría que sufrir si le arrebataran a su hija. ¡Ay! Si usted no me escucha, si no me complace, será porque los topos no solo no tienen ojos, sino tampoco corazón.

A lo que el rey le respondió:

–La verdad es que me das mucha lástima, pobre mujer, pero te equivocas. Los topos sí tienen corazón, y este es aún más sensible que el de los hombres, pero no puedo dejar que tu hijo se vaya porque mañana se casa con mi hija.

– ¡Ay! ¡Dios tenga misericordia de mí! – exclamó Madeleine–. ¿Acaso habría podido yo imaginar que criaba a un muchacho tan apuesto, tan buen cristiano, para que se casara con una princesa de topos? No, no, no será así. Me lo devolverá usted para que se vaya conmigo o moriré.

–Escucha –dijo el rey–, no tienes que separarte de tu hijo, pero tendrás que quedarte con nosotros.

– ¡Oh! Acepto, acepto –contestó la pobre madre con pasión–. Es verdad que es horrible vivir aquí, pero si estoy con mi Joseph, toda morada es hermosa.

–Sí, quédate aquí, mi buena madre –dijo Joseph–, y yo tampoco desearé nada más si te tengo a mi lado.

–Sea –dijo el rey–, pero las cosas no son así no más.

– ¿Por qué? –preguntó la madre.

–Hay una condición para que te quedes entre nosotros.

– ¿Cuál?

–Como ves, nosotros los topos somos ciegos.

– ¿Y entonces? –preguntó estremeciéndose la pobre Madeleine.

–Entonces es necesario que te quedes ciega como nosotros.

– ¡Ay! Eso es terrible –dijo la pobre madre–, pues si me quedo ciega, no podré volver a ver a mi hijo.

–En efecto –respondió el rey de los topos–, no podrás volverlo a ver; pero estarás cerca de él, te dará su amor y tú lo tocarás y oirás su voz.

– ¡Ay, ay! –exclamó la madre–. ¡Pero quisiera verlo! ¡Hace un año que no lo veo! ¡Le ruego que me deje los ojos. Solo lo miraré a él, y si llego a mirar otra cosa, accederé a perder la vista.

–No –dijo el rey–, acepta o rechaza la condición. No hay término medio: te sacamos los ojos en este instante, o ahora mismo regresarás a la superficie de la tierra y no volverás a ver a tu hijo.

– ¡No, no!–gritó la buena mujer– No, no puedo, no quiero separarme de él. Sáqueme entonces los ojos y déjeme cerca de mi Joseph. Pero mientras me los sacan, déjeme tomarlo de las manos para que no me lo roben por segunda vez.

–Está bien –dijo el rey–, petición concedida.

Joseph se arrodilló ante su madre y tomó sus manos entre las suyas, apretando sus labios contra ellas.

Gruesas lágrimas salían de sus ojos.

Al ver esto, Madeleine se secó rápidamente las suyas y dijo:

–No llores, Joseph, yo estoy muy contenta.

Y, de hecho, empezó a reír a carcajadas para hacerle creer que estaba feliz. Entretanto dos topos enrojecían dos agujas en un hornillo, mientras que otros dos soplaban el fuego para aumentar la intensidad del calor.

La pobre mujer se volvió hacia ese lado y se estremeció. Enseguida apartó la mirada y la fijó en su hijo con tal pasión que parecía como si quisiera grabar el retrato de Joseph en su corazón.

–Si ustedes están listos –dijo ella–, yo también lo estoy.

Entonces el rey le dijo por última vez:

–Mujer, ¿estás resuelta a hacer lo que vas a hacer? Piénsalo, aún puedes retractarte. Vas a sentir un gran dolor cuando esas agujas enrojecidas penetren en tus ojos.

–No me tiente; haga lo que acordamos –dijo la madre–. Que sufra, que no vuelva a ver, que quede ciega para siempre, pero que no me separe de mi hijo.

Y tras mirar por última vez a Joseph con asombrosa ternura, dijo:

Ahora hagan lo que quieran.

Y llorando, estrechó a su hijo entre sus brazos.

– ¡Ay, madre mía! –exclamó él–. Dios recompensará su amor.

Los dos topos se acercaron, cada uno con una aguja enrojecida en una pata, y levantándose sobre sus extremidades traseras, llevaron las agujas lentamente a los ojos de Madeleine.

Pero cuando las agujas estaban a punto de tocar la retina, se oyó un gran trueno, y la tierra tembló tanto que el palacio de los topos se derrumbó.

Madeleine no sabía lo que le pasaba, pues quedó muy aturdida por aquel terrible temblor de tierra; pero poco después volvió en sí. Estaba echada en brazos de su hijo. Abrió los ojos con aquel terror que la había acompañado en todo momento. Tenía miedo de no poder ver a Joseph, pero lo vio.

Y no solo a él. También a un hombre alto y de buena figura con un manto de púrpura y una corona de oro en la cabeza.

Junto a este hombre estaba la hermosa princesa, la prometida de su hijo, tal como se le apareció en la superficie de la tierra. No podía ser más bella, pues era la criatura más hermosa con la que se pudiese soñar.

Estaban rodeados de muchos señores y damas lujosamente ataviados.

El palacio de tierra había desaparecido; había sido remplazado por uno de mármol, y ya no estaban en el fondo de un subterráneo, sino en una hermosa ciudad iluminada por los rayos del sol. En torno a ellos reinaba el mayor lujo, mucho movimiento y gran alegría.

– ¿Qué significa todo esto? –preguntó Madeleine, pensando que todo cuanto veía era un hermoso sueño.

Entonces el hombre del manto de púrpura tomó la palabra y le dijo:

–Yo soy el rey de los topos. Un malvado mago, por venganza, nos transformó en topos a mis súbditos y a mí. De modo que debíamos vivir bajo la tierra y bajo una forma espantosa, hasta que un ser humano aceptara, por amor, dejarse sacar los ojos para vivir entre nosotros.

Desde hace dos mil años buscamos nuestra liberación. Hemos atraído a muchas criaturas terrestres entre nosotros, pero ninguna sentía un amor

lo suficientemente grande como para sacrificarse. Tú nos has liberado, mujer, y tu recompensa será igual al servicio que nos prestaste. Tu hijo ama a mi hija. Yo se la doy por esposa, y algún día será mi sucesor al título de rey. El mago malvado ya no puede hacernos daño, pues es él quien ahora ocupa mi lugar y quien en estos momentos vive bajo tierra con sus hijos, tan malos como él. En cuanto a ti, mujer, vivirás en el palacio con nosotros, y nunca dejaremos de mostrarte nuestro agradecimiento.

Pero Madeleine negó con la cabeza.

–Señor rey –dijo–, yo no estoy acostumbrada a todo este esplendor y todo este lujo. Así que le agradezco sus buenas intenciones; pero si quiere usted hacerme feliz, simplemente déjeme vivir cerca de mi hijo y deme una casita con un pequeño huerto al lado del palacio.

Si puedo ver todos los días a mi Joseph y regocijarme con su alegría, seré muy bien recompensada. En cuanto a lo que hice, lo hice por amor a mi hijo; y si ustedes tuvieron que esperar tanto tiempo para ser liberados, es porque usted no pensó en dirigirse a una madre.

Joseph se casó con la hermosa princesa, vivió feliz junto a ella, sucedió al rey su padre y durante toda su vida hizo feliz a sus súbditos.

Su madre murió a los ochenta años en la casa que el rey de los topos le mandó construir, y cerró los ojos diciéndole:

–Estoy muy feliz, porque voy a esperarte en el mundo en que las madres jamás quedan ciegas, y tienen por recompensa la alegría de ver eternamente a sus hijos.

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, Colombia.

Enero de 2022